

—El delicioso aroma de las dos cartas de boudoir y de tus cabellos: es el mismo de tu vestido nupcial. ¡Ya se ve! ¡dos años enteros sin verte!...

IV

Y cuando mi amigo Pablo terminó su relato, añadió:  
—Vete mañana a almorzar con nosotros: allí encontrarás dos tortolillos que se quieren más que el primer día de su luna de miel. ... y Eduardo te jurará que los picaros celos hacen olvidar a los esposos hasta el perfume de la boda. ...

J. PÉREZ DE ESCOBEDO

SI VIENES A MI CAMPO.

Si vienes a los campos do venturoso vivo burlando de los hombres los feroces instintos, tendrás en mi cabaña el lecho más mullido que formaré de pieles tan blancas como armijos. Te arrullarán las aguas que en el jardín vecino bajo tus rejias corren; y cuando el sol estivo argente los rosales, cargado de rocío, aspirarás esencias de rosas y tomillos, perfumes que no tienes en los salones ricos. Te mostraré mis aves, sus primorosos nidos, y en el corral do muge mi ganado reunido te daré las espumas que ordeñaré yo mismo. Nos servirán la mesa en la vega del río que rueda sombreado, luciente y cristalino. Tomarás mis manjares con campestre apetito; te daré de naranja aromático vino: los mangos y madroños, en pesados racimos, te brindarán los frutos hasta el césped caídos. Cuando venga la noche, los cantos campesinos oirás, y la castruera que en nuestra infancia oímos.  
El anciano discreto del cercano cortijo contará las campañas que con Bolívar hizo, y mientras va en derrota completa el enemigo, sobre laudas pieles te quedarás dormido.

JORGE ISAACS.

EL SUBTERRANEO.

(TRADICION).

EN la Universidad de Córdoba han quedado hasta hoy curiosas tradiciones respecto al doctor Francia, el sombrío tirano del Paraguay, de la época de sus estudios en ella, que hemos oído repetir a antiguos alumnos de aquel célebre establecimiento, y de las que vamos a referir una que prueba el temple de su alma, en aquellos tiempos de superstición y de fanatismo.  
En el interior de la iglesia de la Compañía de Jesús, edificio monumental, que forma parte del de la Universidad, existe todavía un profundo subterráneo, que se interna bajo el suelo de una gran parte de la ciudad y de semboca á cinco cuadras, en un antiguo edificio llamado *Noviciado viejo*, que perteneció también á la poderosa Compañía, ántes de su expulsión de los domicios españoles.  
Aquél subterráneo, especie de catacumbe, lleno de altares, que contenía un templo

secavado en la tierra, tenía tambien numerosos calabozos que parece servían para la aplicación de las penas que solía imponer á sus miembros la Compañía, y muchos sepulcros formando una especie de vasto osario, en que el tiempo, que todo lo destruye no había respetado las losas del sepulcro, viéndose aquí y allá esparcidos algunos huesos humanos, por la incuria y abandono en que había quedado el subterráneo desde la expulsión de sus constructores.

Eñtónce, como hoy y como siempre, el estudiante era un sér sui generis barullero, alegre, vividor, y que, sometido á un régimen disciplinario y monástico, procurara, cuantas veces puede, libertarse de su yugo, para respirar fuera del claustro el aire puro de una libertad de que casi nunca deja de abusar.

Los estudiantes, pues, y especialmente los de mayor edad, solían hacer sus nocturnas escapatorias, y subiendo y bajando como ágiles acróbatas, y con peligro de sus vidas, las altísimas murallas de los claustros, pasaban la noche en los bailes y jaranas, para volver en los primeros albores de la mañana á descansar de las fatigas de la orgía.

Francia, que era de todos el más osado, se convertía con frecuencia en el jefe de aquellas expediciones; pero en vez de tomar el camino de las murallas, adoptaba otro medio, quizá más seguro, pero al que ninguno de sus compañeros se atrevía.

A media noche, provisto de una linterna y armado de un puñal (que siempre usaba) se dirigía al solitario centro de la iglesia, levantaba las puertas del subterráneo, y, resuelto y sin vacilar, prescindiendo de todos los supersticiosos temores que parece arredrarían, de cruzar, entre mal disipadas tinieblas, un larguísimo y frío subterráneo, lleno de tumbas y calabozos, se internaba en él, lo atravesaba con paso firme, llegaba al *Noviciado viejo*, y dejando allí su apagada linterna, iba á reunirse con sus medrosos compañeros, incapaces de seguirlo.

Una noche, usando del preloquio que ejercía sobre sus discípulos, que lo apellidaban *el despota*, decidió á uno de ellos á acompañarlo á través del subterráneo. El ascendiente que sobre él ejercía, y el amor propio herido de que le llamaran supersticioso y pusilánime, triunfó de sus preocupaciones, y decidido á seguirlo cruzó con Francia el subterráneo, aterrizándose del ruido de sus pasos, del eco de su voz, viendo fantasmas en cada piedra saliente, y presa de un indomable terror, de que su compañero se burlaba; salieron por fin, y aunque la orgía estuvo espléndida, el compañero de Francia, preocupado, retraído, sombrío, veía desaparecer á cada instante las damas y sus compañeros, para creerse de nuevo cruzando el tenebroso subterráneo.

Llegó la hora de la vuelta, y Francia apenas pudo conseguir que lo siguiera: sin embargo, una vez entrados, el miedo mismo dió fuerzas á su compañero, que, rezando en voz baja, tembloroso, tropezando á cada paso, cerrando los ojos para no ver las tinieblas, avanzaba lentamente; de súbito se para, palidece, y dominado por el más profundo terror, quiere huir, señalando en el centro de un altar un cráneo humano, una calavera, que bamboleando y girando sobre su extinguido cuello, dirige hacia ellos las áridas cuencas de sus ojos.

Francia incitaba á su compañero á seguir, llamándole supersticioso y cobarde; lo empuja, pero éste, cual si hubiera echado raíces en el suelo, se queda clavado y acaba por tropezar y caer.

Francia, entonces, lanza una blasfemia, desnuda su daga y precipitándose sobre el cráneo, lo clava y parte de una puñalada.

Una enorme rata huyó despavorida por la abertura, encontrándose libre de la cárcel en que había entrado y de la que no podía salir, no obstante sus esfuerzos, ocasionando los movimientos que habían aterrizado al compañero de Francia.

En efecto, era costumbre de los antiguos monjes ermitaños colocar una calavera sobre

sus altares, como signo contemplativo del fin de todas las vanidades humanas.

Francia, en seguida, cargó á su compañero, que se había dislocado una pierna en su caída, y con él á cuestas siguió su camino.

Esta tradición, que se conserva en la Universidad de Córdoba, y que nos ha referido uno de sus antiguos alumnos, prueba el temple de alma de Francia del futuro tirano que había de ser inaccesible á todo sentimiento de piedad ó de ternura, y á toda idea religiosa ó de un destino futuro del espíritu humano.

Real ó apócrifa, es la verdad que de tal manera se juzgaba á Francia; por lo demás, lo que sí podemos asegurar, por haberlo oído á muchos que lo han visto, es que Francia grabó su nombre en la piedra más alta de la torre de la Compañía, la que sustenta la cruz, sitio casi inaccesible y que sólo se atrevían á escalar los más fuertes y osados.

GABRIEL CARRASCO.

EL TRABAJO.

Dios es todo bondad. La vez primera  
Que el hombre delinquir,  
Maldijo airado á la serpiente artera,  
Y al delincente la observancia austera  
De ley consoladora le intimó.

Dios es todo bondad. Si el hombre inclina  
La frente con unción  
Al dulce yugo de esa ley divina,  
La tierra opimos frutos le destina  
Al riego de celeste bendición.

ILDEFONSO DIAZ DEL CASTILLO.

SEMBLANZA DE CAMPOAMOR.

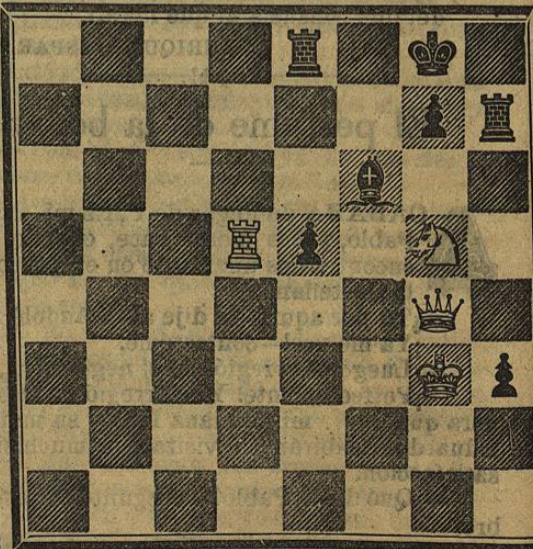
Ese del cabello cano,  
Como la piel del armijo,  
Juntó su pudor de niño  
A su experiencia de anciano.  
Cuando se tiene en la mano  
Un libro de tal varon,  
Abeja es cada expresion,  
Que, volando del papel,  
Deja en los labios la miel  
Y pica en el corazon!

RUBÉN DARÍO.

PROBLEMA DE AJEDREZ

M. HERRERA.  
Un pensamiento de Filidor.

Negras.



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 6 movimientos. Solucion del problema publicado el domingo pasado. 1. A c 7-R c 6-2. C e 7 + ♟. — Dos variantes.

Sabemos que el campeón de México Lie. A. C. Yáñez, ha publicado un cuaderno de ajedrez, titulado *LA ORISZA DE MORRAY*, como no hemos tenido el gusto de recibirlo, no podemos decir nada de él á los aficionados.



ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

XXVIII

Está od. para bien saber, y... yo para mal contar... que era yo chirriquitina... así... como ese rosa. Tengo buena memoria, de todo me acuerdo; pero me parece que veo las cosas de ese tiempo como entre sombras, como en el fondo de una calle obscura... ¡Hace ya tantos años! Recuerdo que vivíamos en una ciudad muy grande, no sé si en Puebla ó en México. Acaso en México, porque los edificios eran hermosos y altos, y veía yo desde el balcón muchos coches que iban y venían.

Estábamos, sin duda, en la miseria; algunas veces pedía yo pan y no había pan para mí. Mi madre, Dios la tenga en el cielo, me abrazaba y se echaba á llorar: «¡Linilla,—me decía—Dios nos dará pan; vamos á pedirselo.» Y me ponía de rodillas, y me hacía rezar, con las manos juntas sobre el pecho, como un angelito de esos que vimos el otro día en la capilla de San Antonio.

Mi padre era militar, andaba siempre en la guerra, ó en conspiraciones, y por eso sus enemigos, los del partido contrario, le perseguían de muerte.

No le ví más que una sola vez. Habían triunfado los suyos y vino á veranos. Trajo mucho dinero y nos compró ropa y muebles, y á mí dulces y juguetes, y un rorro muy lindo, de cabellos rubios y ojos azules, que decía *papá y mamá*. No he olvidado á mi padre; era un caballero alto, de ojos muy hermosos, con unos bigotes muy retorcidos. Me abrazaba

carñosamente, me besaba, y alzándome exclamaba: «¡Linilla! ¡Linilla! ¡Quién es mi encanto? ¡Quién es mi presea? ¡A quién quiero yo mucho, mucho... mu... cho!»

Pero un día se fué á la guerra... ¡siempre la guerra y las revoluciones! Se fué muy de mañana, é iban con él oficiales y soldados. Salimos á decirle adiós. Me tomó en brazos, me besó los ojos, abrazó á mi madre; luego montó á caballo, y nos dijo: «¡Hasta la vista!...» y partió. No volvimos á verle. Tres años duró esa guerra; él estaba en no sé qué Estado lejano, y nosotras nos quedamos esperando su vuelta.

Un día recibí mi madre una carta. Mi padre nos llamaba; fué preciso obedecerle, y después de vender cuanto teníamos, muebles, ropas, todo lo que había en la casa, emprendimos el viaje, solitas, en un carruaje que daba muchos tambos y que hacía mucho ruido al rodar en los empedrados. Caminábamos de día y de noche, y sólo nos deteníamos en las posadas para dormir y descansar unas cuantas horas. Antes de amanecer, otra vez al carruaje, otra vez á los caminos desiertos, temerosas de los ladrones. Solíamos pasar por algunos pueblos; el coche se detenía, bajábamos para ir á la fuente, comíamos, y vuelta á caminar. Un día mi mamá se quejó diciendo que le dolía la cabeza. Tenía calentura, fiebre, y fué preciso quedarnos en un pueblo, en un mesón. Dormí a yo con ella, y recuerdo que ardía en calentura, que su cuerpo quemaba como una brasa. Despertaba yo á media noche, y decía yo: «¡Mamá! ¡mamá! Y no contestaba; permanecía como muerta. Una vez,

viendo que no me respondía, me eché á llorar... Entonces mi mamá volvió en sí, y me arropó, diciendo cosas que yo no entendí, cosas muy raras. Papá me ha contado que mi madre tenía tifo. La meonera llamó al señor Cura, y cuando él llegó la enferma había perdido el conocimiento. Vino el médico del pueblo y declaró que ya era tarde, que la agonia estaba próxima.

—No vivirá una hora—dijo—Padre, póngale los oleos.

—Esta criatura no debe estar aquí... —respondió el sacerdote, poniéndose la estola —que la lleven a mi casa.

Yo no quería separarme de allí; resistí, lloré, solloqué... pero ¡en vano! Era yo una chiquitina de siete años, y sin embargo comprendí lo que pasaba, que no volvería yo á ver á mi madre. Lloraba yo y mis lágrimas eran lágrimas de inmenso dolor. Mi madre se moría; no había de verme más. Me llevaron á la casa rural. Allí nada me divertía ni me consolaba; pasé el día sin comer, llorando, reñente á las atenciones del padre, y á los obsequios de una anciana, ama de gobierno de aquella modesta casa. Me acurriqué en el sofá, y allí me rindió el sueño, y de allí me llevaron á la cama. A media noche desperté llorando, llamando á mi mamá. La anciana vino á verme, me arropó y se estuvo acariciándome hasta que me quedé dormida. A la mañana, apenas abrí los ojos, pregunté por mi madre. Me dijeron que estaba en el cielo. La anciana me lavó, me vistió, y me dió el desayuno. Para distraerme me llevaron á la sala, y me dieron juguetes, muñecos de nacimiento,

pastores y pastoras, cabras, ovejas, una castaña de cartón, un molino, con su rueda que daba vueltas, movida por un chorro de arena.

Quando el sacerdote volvió de la iglesia, me sentó a su lado y me hizo muchas preguntas: ¿Cómo te llamas? ¿Cómo se llama tu mamá? ¿Tienes papá? No sé lo que respondí, pero el señor Oara dice que de mis respuestas sacó lo bastante para saber quiénes éramos, quién era mi padre. Encontró en el baúl cartas y papeles, documentos que le dieron noticias acerca de la residencia de mi padre. Le escribí inmediatamente, dándole la fatal noticia; pero la carta no llegó a sus manos. Volvió a escribir, y no recibió contestación. El autor de mis días había muerto también. Pereció en una escaramuza. Su cadáver fue arrastrado y paseado como trofeo de gloria, al son de músicas victoriosas, por una soldadesca ébria que celebraba un triunfo inesperado. El señor Oara se dirigió entonces a unos parientes míos, los cuales se negaron a recogerme. «No queremos niños», le contestaron—no queremos huérfanos; son ingratos, tarde ó temprano dan el pago.»

Me han contado que cuando el santo anciano recibió la carta de mis parientes, exclamó: «Corazones de piedra! Dios los perdone! El traje esta niña á mi casa? Pues mia es luego me llamó, y tomándome entre sus manos mi cabeza, me dijo dulcemente: «Muñeca; desde ahora yo soy tu padre, yo soy tu papá.» Papá le llamo desde entonces; desde entonces me llama muñeca. Algunas veces me dice Linilla, como mis padres me decían.

Angelina había terminado el ramillete, un ramillete de violetas, y me le acercó para que aspirara yo el suave aroma de las flores.

—Linilla? Linilla te decían? Pues Linilla he de llamarte yo! Síga el cuento...

—¿Cuénto? Historia de dolor.

—Prosigue.

—Así, de ese modo, fui á la casa del padre; padre ha sido para mí, y muy tierno y cariñoso. Lo demás ya lo sabes; tello habrán dicho tus tías...

—¿Y esa es la triste historia de tu vida? ¿A qué decirme, Linilla mía,—repuse—todo eso que me apena y aflige; á qué poner en duda mi cariño, que en duda le has puesto cuando me desgarrabas el corazón, diciendo que no eras digna de mí? Indigna de mi amor, Linilla mía? ¿Por qué? ¿Porque has sido desgraciada, porque eres huérfana? Al contrario, niña mía; ¡qué mayores motivos para ser amada!

Angelina se quedó cabizbaja, como atormentada por un triste presentimiento, como temerosa de decir algo que la avergonzaba.

—Habla... contéstame...

La huérfana callaba, baja la frente, mientras abría, con la punta de los dedos, apretado el seno de una rosa pálida.

—Linilla... no seas cruel!

Suspiró penosamente, sacudió la cabeza para echar hacia atrás una trenza que le caía sobre el hombro, y murmuró bajito, bajito, tal vez desahogada de no ser oída:

—Ann no he dicho todo... y debo decirlo. Oyeme, por piedad! No quiero decirlo... pero el corazón me grita: ¡Habla! ¡Habla!

—Pues, dime!

—Sí, Rodolfo: no soy digna de tí. Tú mismo lo has dicho muchas veces, delante de tus tías, delante de mí!

—¿Yo, Angelina?

—Sí.

—¿Yo?

—Sí, y... ¡cómo me has hecho llorar!

—¿Yo, Angelina?

—Muchas veces. ¿Para qué viniste! ¿Para qué te conocí? Rodolfo, ¿por qué me amas? ¿Por qué te amo yo? ¿Qué de lágrimas me cuesta tu cariño! Mira: si no merezco que me ames, olvídamme, olvídamme; me iré de aquí, llorando, sí, llorando... pero me iré á la Sierra, á cualquiera parte... Tú puedes ser feliz; apenas empiezas á vivir... El corazón humano es mudable; llegará día en que me olvides... Amarás á otra, y serás amado, y serás dichoso!

—Angelina,—repliqué suplicante,—¿qué viene todo eso?

—Oyeme: este pobre corazón mío no había amado nunca. Llegué á esta casa y me hablaron de tí; me dijeron que eras huérfana, huérfana como yo, y me fuiste simpático; y me dijeron que eras bueno, muy bueno, y me interesé por tí; leí tus cartas, vi tu retrato, y hallé que eras como yo te había soñado; viniste, y me estreché al oír tu voz; me hablaste... ¿te acuerdas?... allí... y se ahogó la voz en mi garganta, y palpité mi corazón trémulo de amor. Después... ¡qué decirlo!... Me dijiste: te amo, y quise callar, y no pude; y cuando intenté matar tu cariño con una palabra desdefiosa, se abrieron mis labios, y dijeron: yo también te amo!

—Sí, te amo, Angelina...

—Oyeme. Me has lastimado el corazón; has entristecido mi alma... Pero te perdono, te perdono, porque lo has hecho sin saber lo que hacías... Segura estoy de ello.

—¿Cuándo y cómo?

—Dijiste una vez... y lo has repetido muchas veces... jamás me casaré con quien no sea digna de mí; y no es digna de ser esposa de un hombre honrado aquella cuyos padres...

Lo diré de una vez... La unión de los míos no tuvo la bendición del Cielo.

—¿Perdón!...—murmuró.

La huérfana calló, y de sus ojos húmedos se desprendieron dos lágrimas que cayeron en las violetas como dos gotas de rocío.

—¿Perdón!—repetí, estrechando á la joven entre mis brazos, y atrayendo su gallarda cabeza.—¿Perdóname, Linilla!

Y sobrecogida de espanto me apartó dulcemente:

—¿Cómo no perdona! Si te amo con toda el alma... Ya sabes quién soy... En mi vida no hay nada que me avergüencie... pero en los míos... Ya lo sabes todo... Te hice sufrir, ¡verdad! si, porque estás llorando... Perdóname... Era preciso... Más tarde habrías dicho que yo te había engañado.

Tomé las manos de la joven, y las llevé á mis labios. Ella, sonriente, las retiró, diciéndome:

—Y el cuento que entré por un caminito de plata, salió por un caminito de oro.

## XXXIX

La revelación de Angelina me dejó triste, abatido, avergonzado. Entonces me di cuenta de ciertas melancolías de la niña, cuando yo hablaba de bodas y noviazgos. Me propuse calmar el ánimo de la doncella, quitarle, en cuanto fuera posible, la mala impresión que mi ligereza y mis imprudentes palabras le habían causado, y lo conseguí. Le hice ver que mi poca reflexión no debía ser motivo de disgusto, y puse todo mi empeño en que comprendiera que cuanto yo había dicho no era más que la repetición de opiniones leídas en no sé qué libro, oídas á no sé qué personas. Nunca pensó que hería á Angelina en lo más vivo, jamás pude imaginar que la pobre niña supiese la historia de su infeliz madre. Yo también la ignoraba, por culpa de mi tía, quien siempre se rehusó a contarle cómo y de qué manera fué Angelina á la casa del P. Herrera, del cariñoso anciano, del santo sacerdote que vela, y con razón, en su hija adoptiva, un ángel bajado del cielo para alegrar las tristes horas de su vida rural. Y no me costó trabajo conseguir que mi amada olvidara mis dichos inoportunos y crueles. Fallos, juicios y opiniones oímos en el mundo que nos parecen atinados y justos, y los acogemos ligeramente, los repetimos, los hacemos nuestros, y suele suceder que más tarde caemos en la cuenta de que hemos repetido una tontería.

Linilla—así la llamé en lo de adelante—no volvió á tocar el punto, y siempre se mostró conmigo atenta y satisfecha. No salía yo á la calle más que á las horas de trabajo, y al volver del despacho me pasaba yo las horas al lado de la huérfana, cada día más enamorado de ella. Una ó dos veces, en toda la temporada, fui á las rifas de Navidad, que congregaban todas las noches en la Plaza á los pacíficos habitantes de Villaverde. Ni juegos

ni músicas me eran gratos; no paraba yo atención en la hermosura de mis paisanas, ni en la elegancia y gallardía de Gabriela.

—No vas á las rifas?—decían mis tías.

—No me divierte; prefiero quedarme en casa, leyendo ó conversando con ustedes.

—¿No parecés muchacho, Rorró!...—replícala la enferma.

—Todos los jóvenes de tu edad se parecen por ir allá,—decía tía Pepa—sólo tú, como un viejo chocho, te estás entre las cuatro paredes.

Allí estaba yo bien, cerca de Angelina. No me cansaba yo de mirarla: cada palabra suya era para mí un poema. Era yo muy dichoso. ¡Qué mayor ventura que no separarme de su lado!

Uno de los boticarios puso á mi disposición todos sus libros, doscientos ó trescientos volúmenes de versos y novelas. Entonces leí mucho, en voz alta, mientras trabajaban Angelina y mi tía; entonces hice muchos versos, muchos, diariamente. Angelina era en ellos celebrada con un calor y un entusiasmo tales, que la buena niña se sonrojaba al oírlos.

—No digas esas cosas, Rorró!—soltó decirme,—porque no las creo. ¡Si me pintas hermosa y gallarda como una virgen de Murillo! Dime en prosa, aquí, hablándome, que me amas mucho, mucho, y me tendrás contenta, satisfecha y feliz.

Angelina no era hermosa como una virgen de Murillo, pero sí lo era como alguna de Rafael, como la Madona de la silla. No puedo ver el famoso cuadro sin recordar á la doncella. Idéntico el óvalo del rostro, y la sonrisa, y la mirada, y los labios dulcemente expresivos.

—Pues sí, por qué no? Mañana nos ponemos á la obra, y la fiesta saldrá muy lucida. Programa: cena á las ocho de la noche, después acostaremos al Niño, y luego: ¡Misa de Gallo! La mañana será...

—¿Quién?—preguntó Andrés.—¿Gentes de fuera? No, no que todo quede en casa. Pero en fin, que Rodolfo decida...

—Gente de casa,—contesté—como quería re Andrés; pero de cualquier manera vendrá mi maestro.

—¿Don Román?—exclamó tía Pepilla.—No vendrá, Rorró, no vendrá... El pobrecillo ya no está para esas cosas!

—Le traeré yo, si no está con el reuma; le traeré yo, y estará muy contento, y para que no tenga que salir á la calle á media noche dormirá aquí. Angelina y él serán los padrinos... ¿Se aprueba lo que propongo? ¿Sí? Pues... ¡aprobado!

—¿Qué gratamente que pasamos la noche! A medio día ya estaba listo el nacimiento. El cariño de las tías había conservado mis juguetes, y con ellos bastó y sobró para poner el nacimiento. Me sentí un chiquillo, como si tuviera yo seis años, á la vista de objetos que fueron para mí, en mejores días, motivo de fiesta y diversión. Con qué cuidado saqué de la gran caja, uno por uno, temeroso de romperlos, aquella multitud de zagalas y rabadanes que tejían danzas cerca del portal, y aquellos Magos que seguidos de criados y soldados, tan santuosos de vestido como sus señores, y jinetes en caballos, elefantes y camellos, debían ser lo más lindo de aquel Belén, que tendría chezas y palacios, caminos de hierro y barcos de vapor, volcanes nevados, cascadas de brea, lagunas de cristal pobladas de ánades y garzas catedral y mezcitas, feroces beduinios y apuestos charros mexicanos, que perseguían con el lazo al aire las reses montaraces. El portal... ¡Qué portal! Una maravilla!

—¿Dónde brotará la primera flor? En mis cuadros ó en los tuyos?

—En los míos, porque yo te quiero más que tú á mí.

—No; en los tuyos no será; porque no me quieres como yo te quiero.

—Ya lo verás.

—Ya lo veremos.

El amor y la dicha de ser amada embellecían á la joven. Nunca más hermosa. Su páldo rostro tomó suaves tintas de rosa; sus labios, antes descoloridos, se encendieron, y sus negros y brillantes ojos fulguraban húmedos y alegres. Ella, siempre tan modesta y enemiga de galas, se tornó presumidilla. Peinaba graciosamente sus cabellos, y solía adornarse con alguna flor, de ordinario con entreabierto capullo de rosa, purpúreo ó blanco, que hacía parecer más intensa la negrura de aquel pelo sedoso, negro como las alas del cuervo. Todas las noches, al despedirnos, le decía yo:

—Linilla: esa flor...

Angelina desprendía de sus cabellos la deseada flor, y me la ofrecía por alto, como se ofrece á un niño la incitante fruta acabada de cortar.

Yo me fingía entorpecido: —¿Así, señorita?

—Así, caballero.

—No; como tú sabes...

Linilla sonreía, besaba la flor y me la daba. ¡Inolvidables besos! ¡Dulces besos recogidos en la corola de una rosa!

## XXX

Tuvimos una fiesta de Navidad muy alegre, como nadie se la esperaba. Andrés vino y dijo á mis tías:

—Señoras: es preciso que tengamos fiesta. En años pasados la Noche Buena estuvo para nosotros muy triste... Ahora no ha de ser así, no señor, porque quiero que el amigo esté contento. Todo corre de mi cuenta. A ustedes les tocará lo más penoso, disponerla, y hacer los buñuelos que son de rigor. Allí vd., Angelina, vd. que se pinta para todo eso.

Pondremos la mesa en la sala, y vd., doña Carmelita, cenará con nosotros. No habrá nacimiento... quién nos mete en dificultades? Yo bien quisiera, para que el amigo se acordara de cuando era un ococone, ¡Te acuerdas! Pues ahí, en la bodega, en un cajón, están guardadas las casitas y los pastores, y los baños, y el portal, y todo. Si tus tías quieren, hasta nacimiento habrá, Rodolito.

Tía Oarmen, con su buen humor de siempre, se soltó hablando.

—Pues sí, por qué no? Mañana nos ponemos á la obra, y la fiesta saldrá muy lucida. Programa: cena á las ocho de la noche, después acostaremos al Niño, y luego: ¡Misa de Gallo! La mañana será...

—¿Quién?—preguntó Andrés.—¿Gentes de fuera? No, no que todo quede en casa. Pero en fin, que Rodolfo decida...

—Gente de casa,—contesté—como quería re Andrés; pero de cualquier manera vendrá mi maestro.

—¿Don Román?—exclamó tía Pepilla.—No vendrá, Rorró, no vendrá... El pobrecillo ya no está para esas cosas!

—Le traeré yo, si no está con el reuma; le traeré yo, y estará muy contento, y para que no tenga que salir á la calle á media noche dormirá aquí. Angelina y él serán los padrinos... ¿Se aprueba lo que propongo? ¿Sí? Pues... ¡aprobado!

—¿Qué gratamente que pasamos la noche! A medio día ya estaba listo el nacimiento. El cariño de las tías había conservado mis juguetes, y con ellos bastó y sobró para poner el nacimiento. Me sentí un chiquillo, como si tuviera yo seis años, á la vista de objetos que fueron para mí, en mejores días, motivo de fiesta y diversión. Con qué cuidado saqué de la gran caja, uno por uno, temeroso de romperlos, aquella multitud de zagalas y rabadanes que tejían danzas cerca del portal, y aquellos Magos que seguidos de criados y soldados, tan santuosos de vestido como sus señores, y jinetes en caballos, elefantes y camellos, debían ser lo más lindo de aquel Belén, que tendría chezas y palacios, caminos de hierro y barcos de vapor, volcanes nevados, cascadas de brea, lagunas de cristal pobladas de ánades y garzas catedral y mezcitas, feroces beduinios y apuestos charros mexicanos, que perseguían con el lazo al aire las reses montaraces. El portal... ¡Qué portal! Una maravilla!

—¿Dónde brotará la primera flor? En mis cuadros ó en los tuyos?

—En los míos, porque yo te quiero más que tú á mí.

—No; en los tuyos no será; porque no me quieres como yo te quiero.

—Ya lo verás.

—Ya lo veremos.

El amor y la dicha de ser amada embellecían á la joven. Nunca más hermosa. Su páldo rostro tomó suaves tintas de rosa; sus labios, antes descoloridos, se encendieron, y sus negros y brillantes ojos fulguraban húmedos y alegres. Ella, siempre tan modesta y enemiga de galas, se tornó presumidilla. Peinaba graciosamente sus cabellos, y solía adornarse con alguna flor, de ordinario con entreabierto capullo de rosa, purpúreo ó blanco, que hacía parecer más intensa la negrura de aquel pelo sedoso, negro como las alas del cuervo. Todas las noches, al despedirnos, le decía yo:

—Linilla: esa flor...

en aquella casita. Angelina estaba atareada, friendo los buñuelos, y tía Pepilla iba y venía más alegre que una sonaja. De cuando en cuando nos asaltaba el temor de que la enferma sufriera un ataque, y esto malograra nuestra fiesta; pero felizmente no sucedió así. A las seis salí en busca de don Román. El pobre viejo se envió en su capa raída, se apoyó en mi brazo, y pian pianito hasta la casa! El pobrecillo vino muy cargado; traía algunas libras de confites, para obsequiarnos. Era el padrino, y debía hacerlo.

A las ocho ya estábamos en la mesa. La enferma accedió á nuestro deseo y vino á presidir el banquete; al lado de ella se colocó don Román; en el otro tía Pepilla y Andrés, y Angelina y yo ocupamos el lugar acostumbreado. Pocos platillos: rica sopa de almendra, *sopa de la pelea pasada*, como decía don Román; un plato de pescado, el afamado *bobó* de los ríos veracruzanos, con la ensalada del día lechuga con aceite y vinagre y algunos rabanillos; los precoces purpúrados de la hortaliza, chiquitines rechonchos enredándose en los anillos de la bien desflorada cebolla, frijoles, como hablan de falta! buñuelos de arroz, los más exquisitos á juicio de las tías, y una tacita de té. No faltó el vino, un par de botellas, obsequio del Dr. Sarmiento, escondidas dos ó tres años en el fondo de una cómoda.

Reímos, charlamos; recordaron los viejos sus buenos tiempos; hablamos los jóvenes de nuestra dicha, y la velada se pasó del modo más alegre.

A las diez y media, cuando los campanarios de Villaverde soltaron el primer repique, encendimos el nacimiento, y los padrinos acostaron el niño en su lecho de pajas. Andrés quemó en el patio una docena de cohetes, y el pumposísimo distribuyó sus cucuruchos de confites.

—Ustedes perdonarán la cortejada; pero los tiempos no están para lujos.

Y agregaba:

—Dios pague á ustedes este buen rato... De veras, de veras, si me parece que tengo veinte años!

Angelina y tía Pepilla nos dejaron para atender á la anciana, que ya suspiraba por su lecho; don Román buscó el suyo, y Andrés se quedó conmigo en espera de Angelina y de mi tía que irían con nosotros á la Misa de Gallo. No tardaron en volver.

—Vámonos, vámonos,—murmuraba la anciana—que pronto darán las doce. A misa, niños; á misa, Andrés... ¡Fiesta completa!

¡Inolvidable Noche Buena! ¡Qué poco necesita el hombre para ser feliz!

(Continuará.)

## MIS DOS POEMAS.

Bulle en mi hogar radiosa poesía  
En que se adunan realidad y ensueño:  
Dos cantos de inefable melodía,  
Dos obras, no acabadas todavía,  
Que solicitan mi amoroso empeño.

Dos poemas de mística dulzura  
Nacidos al amor, por él creados;  
Los dos resplandecientes de hermosura;  
Mas los dos, á la par, por mi ternura  
Y por mi afán de artista retocados.

Entre las obras que soñé mi anhelo,  
Estas las dos de mi mayor ahinco,  
Estas las dos de mi constante celo;  
¡Esos lazos misteriosos de mi cielo  
En que mi gloria y mi ventura fino!

Oh, mis dulces poemas! ¡Oh, soñada,  
Hechicera mitad del alma mía,  
Púdica esposa por mi bien hallada!  
Oh, prenda de mi amor, hija adorada!  
Oh afán! oh amor! oh luz! oh claro día!

¡Oh, santa realidad! delirio santo!  
Refagas de emoción depuradoras!  
¡Oh dulce esfuerzo de celeste encanto!  
Vigoroso consuelo en el quebranto,  
Y suave luz en las felices horas!

¿Qué á mí los hados con su ceño adusto,  
Si en fácil guerra con tesón porfían,  
Y al alma ponen pavoroso susto?...  
Tengo mi hogar, y en su recinto angustoso  
Deber y amor en mi constancia fian.

Y me impone el deber, árduo y austero,  
Tomar mi puesto en la feral cruzada;  
Y, aunque azorado y vacilante, quiero  
Poder mostrar el corazón entero,  
Y al término llegar de la jornada.

¡Cuán saludable y bella, y cuán penosa,  
De mi existencia la labor prolífica!  
Pero hay una á la par dulce y hermosa:  
Avivar excelencias en mi esposa,  
Y promover encantos en mi hija.

Esfuerzo redentor que me depura  
De las flaquezas que en mi pecho gimen:  
En derredor, extinta la amargura,  
De casto amor á la belleza pura  
Mis ardientes pasiones se reprimen.

Y me siento feliz en la serena  
Silenciosa labor que me extasía:  
Música suave mis oídos llena;  
Peregrina hermosura me enajena,  
Y se exalta mi quieta fantasía.

Oh, mis dulces poemas! De mi mente  
Ocupación tranquila y deleitosa...  
Venid! Venid! Acariciad mi frente,  
Efluvio de mi amor, hija inocente,  
Flor y luz de mi ser, amada esposa!

ENRIQUE PÉREZ VALENCIA.

## EL ALAZAN Y EL MULO.

«Mulo» le dijo al mulo con desvío  
Cierta altivo alazan de mucho brío;  
Y el mulo montaraz, hecho una furia,  
Vengar queriendo tan atroz injuria,  
Le propuso al instante un desafío.

Al comenzar el duelo,  
El alazan valiente

Contra el malo avanzó rápidamente;  
El mulo le esperaba con recelo,  
Y el alazan feroz de repente  
Con cuatro coces le arrojó en el suelo.

Viendo el lance del padrino, que era un mono,  
Le dijo al mulo con solemne tono:

«Es batirse, señor, un disparate,  
Porque, según calculo,  
Es usted hoy tan mulo y tan remulo  
Como ántes del combate,  
Y á pesar de su furia y de su arrojo,  
Además de ser mulo quedó cojo.»

Tal es el resultado  
De muchos desafíos:

Injurinado se queda el injuriado,  
Y hasta cojo tal vez, lectores míos.

J. R.

## EL BAUTIZO.

—¿Vis baptizare?—¿Quiéres bautizarte!  
pregunta el sacerdote en el bautismo.

—Volo, quiero,—responden en su nombre  
el sacristán, acólito y padrino.

Anton, al hijo del vecino Anselmo  
tuvo en la pila en que nos lava Cristo,  
y al escuchar el *volo*, dijo airado:

—No empecemos á mojes con el chico.

M. DEL PALACIO.

## ADIÓS.

Vas á partir... ¡adiós! Halle tu nave  
Del Atlántico mar en el desierto,  
Rizadas ondas y piloto experto,  
Claro sol, cielo azul, brisa suave.

Templen rigores de la ausencia grave  
Las esperanzas del cercano puerto,  
Y con vuelo feliz, seguro, cierto,  
A su nido de rosas vuelva el ave.

Todo al verte marchar gime ó suspira;  
Pero dejas aquí tu imagen bella,  
Tu voz que encanta y tu bondad que inspira;  
Como al perderse dejan honda huella  
La vibración sublime de la lira  
O el celestial reflejo de una estrella.